

JUAN CRISTOBAL Y SU ESTATUA DEL CID

Por JOSE MARIA ZUGAZAGA

BAJO la homérica labor y la fina sensibilidad estética de Juan Cristóbal ha surgido en barro la estatua del Cid caballero sobre «Babiaca», en un gesto de caudillo que con su espada anima a sus fieles caballeros a seguir adelante para ensanchar Castilla... De neoclásica factura, es gigantesca por sus calidades artísticas —sin duda, integra la obra más sazónada y perfecta surgida bajo la inspiradora llama del granadino escultor— y sus extraordinarias dimensiones, pues tiene una altura que rebasa los cuatro metros y medio. El caballo, medido de la cabeza a la cola, sobrepasa los cinco...

Es la ecuestre estatua superior incluso a la de Tacca, en la Plaza de Oriente, y digna de parangonarse con las que en el mundo entero constituyen armonía y canon a seguir para las futuras generaciones: las de Marco Aurelio, la del «condottiero» Baltasar de Colleoni, creada por el Verrochio para Venecia, y la de Gattamelata, de Donatello, que yergue en

Padua su indescriptible hermosura frente a la iglesia de San Antonio.

La composición, el sentido de la armonía y las proporciones, la aurtimia poderosa y magnífica, el equilibrio y la fuerza estéticas surgen en ese conjunto de caballo y caballero, y Juan Cristóbal ha dado vida a las siete toneladas de barro invertidas en modelar la bella estatua realizada para Burgos, la ciudad museo. Digna en verdad la obra de la capital surcada de románicas archivoltas, lanzas góticas y arcos renacentistas, compondrá allí un conjunto donde el bronce cante a la piedra bella balada amorosa y evoque al burgalés y al viajero las glorias perennes del Cid sintetizadas artísticamente bajo el divino fuego del poder creador.

Cuando Miguel Angel concluyó su Moisés, aseguran los biógrafos que Buonarotti, embriagado por la elegancia y la belleza de su propia obra, sintió que no reaccionara como un hombre vivo, y gritó: «¿Por qué no hablas?» Merecedora es la estatua del héroe castellano de parecida exclamación y de que el cincel del maestro andaluz caiga, cual el del florentino, sobre su extraordinaria obra como síntesis de admiración y deseo incontentido. Porque la cabeza del Cid, bajo la loriga, con sus llameantes ojos, su gesto audaz, domeñador y altivo y sus barbas en largás guedejas, es algo indescriptiblemente realista y digno de ser puesto de relieve. No puede conseguirse más fortaleza y viril hermosura que la alcanzada por Juan Cristóbal en ese rostro, donde se ven una imperativa expresión, un gesto fiero de quien era buen vasallo sin haber buen señor y que fué leal hasta la muerte porque nació en buena hora en aquella tierra, compendio de la dignidad y la caballerosa hidalguía...

Desde hace poco más de un año modela el escultor ese gi-



Estátua ecuestre del Cid, que se colocará, una vez fundida en bronce, en la ciudad de Burgos. Es una realización de Juan Cristóbal.

gantesco conjunto que asombra y aniquila con el efecto estético de lo sublime, como aseguró el filósofo. De aquí a tres meses concluirá su labor, que puede considerarse prácticamente como resuelta, pues sólo quedan por modelar el brazo derecho del Cid y su escudo, que llevará un dragón damasquinado en oro, como figura en una ilustración de *La España del Cid*. La loriga con su fina cota de malla, la flotante capa, el calzado, la indumentaria toda, han sido realizadas bajo la dirección, y el consejo de don Ramón Menéndez Pidal, entusiasmado ante la estatua del héroe castellano, frente a la que se ha hecho muchas fotografías el ilustre director de la Real Academia Española. Y como caso extraordinario de honradez artística, el escultor modeló cinco bocetos al encargársele la obra por el Alcalde de Burgos, para estudiar actitudes de caballero y caballo, antes de acometer ese colosal conjunto. Luego observó inquisitivamente a nobles brutos de las más bellas estampas y entronques e incluso ha llevado a un cuadrúpedo a su estudio para que caracoleara ante él para dar la mayor fidelidad anatómica al modelado en el hotelito de la calle de Londres.

Todo es bello en la obra, digna de un cíclope o de un atlante, que ha surgido en poco más de un año, aparentemente sin esfuerzo, cual si fuera animado el barro por mágica chispa. Y la ciudad de Burgos, que todavía no había erigido una estatua al héroe de Vivar, verá un día asombrada la neoclásica obra, cuya majestad y belleza destacarán sobre un pétreo pedestral de cinco metros y dirá frente a las venerables piedras un poema de épicas resonancias. Aún no ha sido designado definitivamente el sitio de emplazamiento, aunque parece será elegido el lugar que la Historia exige: la glera citada por el *Poema*, donde el Cid acampó camino del



destierro, cuando, vadeado el Arlanzón, contemplaba con ternura y melancolía a la ciudad de la que fué expulsado por intrigas de palaciegos y cortesanos. En el barrio de Vega, junto al paseo de Andrés Manjón, la bronceínea estatua del caballero símbolo del honor hispano tendrá como fondo las doradas piedras renacentistas del Arco de Santa María y, erigidas sobre ellas, las góticas flechas de la Catedral burgalesa lanzadas hacia el diáfano azul castellano...

